

El reto del tiempo. Identidad, contingencia y aceleración

La multiplicidad interna de la identidad personal constituye un principio del que ninguna postura en el debate contemporáneo al respecto parece poder y menos aún querer desembarazarse. Resulta cosa de otro tiempo pretender que aquello que uno es responda a un trasfondo monolítico, sea de la naturaleza que sea, respecto al cual las transformaciones, disonancias y conflictos experimentados por el individuo representarían meros espejismos sin incidencia real sobre esa misma entidad. Incluso los partidarios del principio de continuidad física, de acuerdo con el cual sería la unidad de una cierta porción de cerebro la que permitiría afirmar que un individuo en dos momentos temporales diferentes es en realidad el mismo individuo, asumen como un problema propio explicar la diferencia entre identidad cualitativa (poseer las mismas idénticas características) e identidad numérica (ser el mismo individuo), aunque sea en la forma de plantear toda suerte de experimentos mentales -a menudo de lo más extravagantes- a través de los cuales someter a esa presunta unidad a transformaciones que puedan ponerla en jaque.

Sin embargo, o precisamente porque difícilmente puede ser soslayado, ese carácter internamente heterogéneo de la identidad tanto diacrónica como sincrónicamente considerada, no corre ajeno a la que numerosos diagnósticos del tiempo presente han resaltado como la tendencia general de las sociedades occidentales contemporáneas, a saber, la propensión al cambio acelerado resultante de la exacerbación del compromiso moderno con la innovación. El carácter acelerado del ritmo general al que se movería el mundo actual -tanto en lo que respecta al tempo de la actividad diaria en la vida de un individuo, como en la cadencia de los cambios sociales o culturales, o en la misma urgencia que gobernaría el ejercicio de la política- se manifestaría en el terreno de la identidad bajo la forma de una adhesión de los atributos encargados de configurarla a un índice temporal que fijaría de antemano su carácter precedero. La profesión, la familia, el lugar de residencia, las inclinaciones políticas y religiosas... ya no podrían servir de soportes a la identidad más que en el marco restringido de un periodo no sólo concreto, sino también y sobre todo exiguo y presumiblemente menguante, puesto que con toda probabilidad los contenidos que rellenan la concreción de esas instituciones o prácticas sufrirán numerosas metamorfosis en el lapso temporal de una vida. La multiplicidad del yo traduciría en este sentido el incremento de contingencia al que se vería sometida la existencia humana en el contexto de las sociedades occidentales contemporáneas.

Esta circunstancia ha servido de atalaya a pensadores como Hartmut Rosa, Paul Virilio o Zygmunt Bauman para aquilatar los grados de continuidad y ruptura que la época actual mantendría respecto a la llamada Edad Moderna, planteando la cuestión de hasta qué punto es posible que la acrecencia de principios inherentes a la Modernidad acabe desembocando en cambios cualitativos de esos mismo principios o incluso en su negación. En este caso, si admitimos que la promesa moderna de autodeterminación pasaba por suprimir progresivamente la heteronomía tocante al diseño de la propia vida, esto es, la supresión de autoridades externas en la tarea de establecer los objetivos, valores, prácticas y definiciones que configurarían la propia vida como una vida buena, el aumento de contingencia parece apuntar en la línea de un obsolescencia de tal expectativa, por cuanto la necesidad de adaptarse a la velocidad de metamorfosis del marco en el que habrá de desarrollarse el proyecto vital, ejerce una coacción determinante sobre el individuo. Se daría entonces la paradoja de que la apertura de la identidad al cambio ligada a la transferencia al individuo de una creciente responsabilidad en la configuración de su propio yo, habría acabado por convertir esa misma identidad en una manifestación de la inviabilidad de la idea moderna de

autonomía. El problema que se plantea, entonces, es el de cómo armonizar ese carácter internamente plural y conflictual de la identidad sobre cuya condición de irrenunciable reina el acuerdo, con la reivindicación de una mayor cohesión y coherencia de los fragmentos que forman el yo, implícita en las críticas sociales del presente como tiempo acelerado.

Así las cosas, esta comunicación pretende examinar tanto los presupuestos desde los que se afirma la tendencia social a enfatizar la irreductibilidad de la multiplicidad del yo, en el marco de diagnósticos del tiempo presente que se arremolinan entorno a la equivalencia entre Modernidad e historia de la experiencia de la aceleración; como de valorar el registro de consecuencias que dichos diagnósticos le plantean a la implementación práctica de este concepto de identidad en las circunstancias sociales, económicas y políticas del siglo XXI. Se trata, en último término, de examinar el rédito de trasladar la discusión sobre la identidad al terreno de las transformaciones sufridas por las estructuras temporales en la línea de la aceleración.

Nerea Miravet Salvador

Licenciada en Filosofía. Becaria de investigación en el Departamento de Filosofía de la Facultat de Filosofia i Ciències de l'Educació de la Universitat de València

Nerea.Miravet@uv.es

Propuesta para la sección temática: Filosofía, política e historia